

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

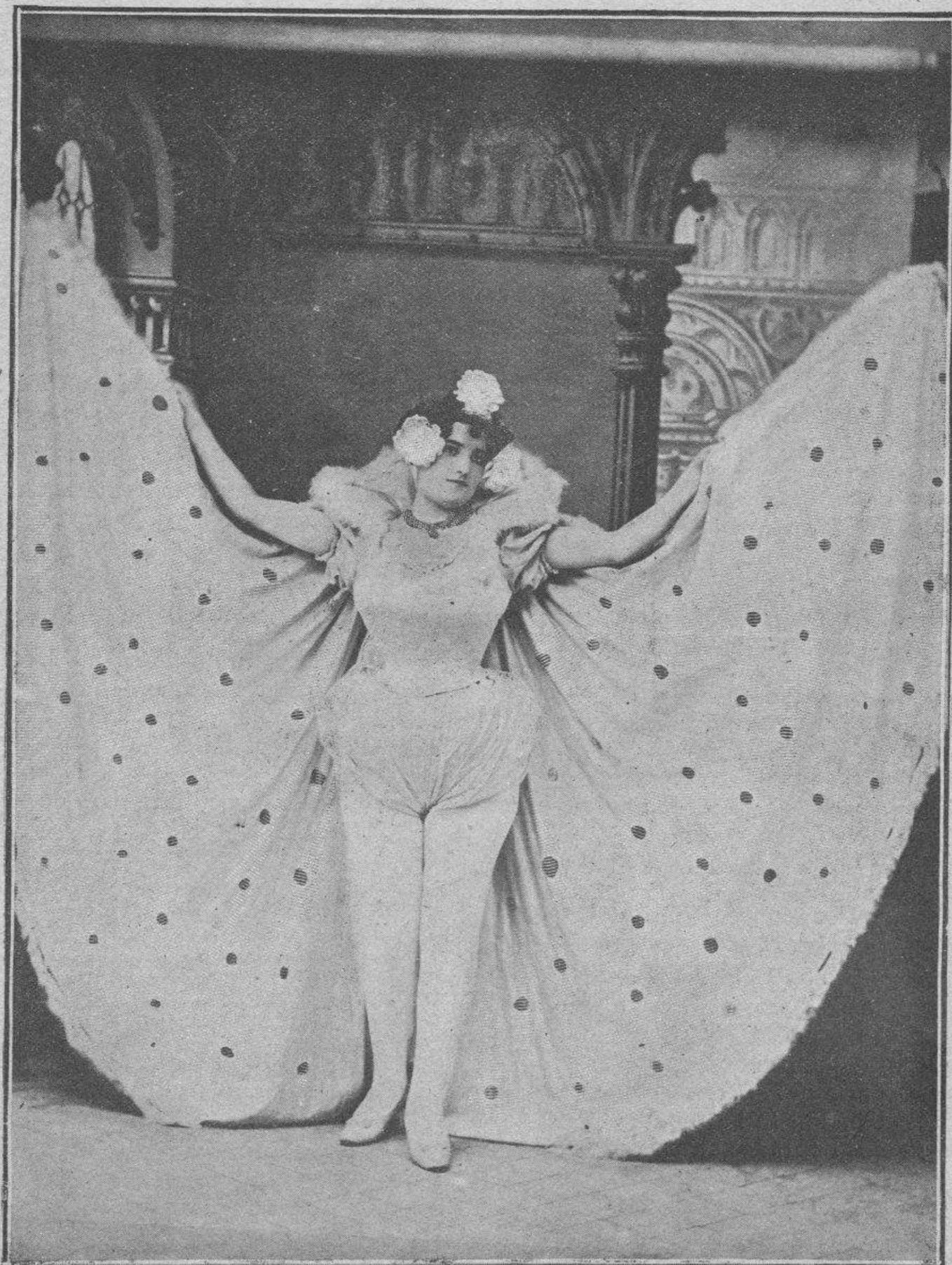
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 18 DE JULIO DE 1901

NUM. 556

ARTISTAS ESPAÑOLAS



LA SERPENTINA



## CHARLA

N este momento recibo una carta por el correo, que me apresuro á copiar, para que mis lectores puedan paladearla.

Dice así la carta:

«Señor Director de LA SAETA: Muy señor mío y de toda mi consideración y aprecio.

»¡Soy en este momento el ser más desgraciado de la tierra!

»¡La pena me mata, el sentimiento me ahoga y el alma tiende á escapárseme de un momento á otro!...

»Pues bien: antes de que se me escape, antes de que la muerte se apodere de mi pobre espíritu, quiero desahogarme, y he pensado en usted. Perdone la molestia que pueda ocasionarle y escuche:

»Amo dos cosas en este mundo:

»A una mujer y al progreso.

»¿Qué dirían los mundos ilustrados si, derribando la

influencia del vapor y la electricidad, se presentara un nuevo descubrimiento de mayor importancia y trascendencia?

»La primera persona que surcara el espacio sin otra máquina que su cuerpo, ¿sería sacrificada ó encerrada como una loca?

»El salirse de la rutina ordinaria en cualquier orden de cosas, persiguiendo un ideal nuevo é importante, ¿sería castigado?

»¡No, no, y mil veces no.

»Entonces, señor Director, ¿por qué se me persigue como á una fiera dañina?

»Ya he dicho que amo al progreso y á una mujer.

»Y tanto han progresado nuestros amores, que decidimos casarnos.

»¿Qué mal hay en ello?

»Mi amada y yo somos libres como dos pájaros.

»¿Qué le importa al mundo que unamos nuestros destinos para toda la vida?

»Hasta hoy se ha visto bien y natural que contraiga matrimonio un hombre con una mujer.

»¡Siempre la antipática rutina!

»La unión del fuerte con el débil, del señor con la esclava...

»¡Misericordias humanas!

»Yo he querido dar el primer vuelo y me han cortado las alas; yo he querido demostrar que la unión de dos débiles había de ser mucho mejor para la sociedad matrimonial.

»En una palabra, señor director: yo soy *Mario*, el tan llevado y traído *Mario*, el *Mario* mujer, que á costa de grandes sacrificios y no pocos disgustos, ha contraído matrimonio con otra mujer...

»Pero voy á seguir desahogándome, y usted perdone.

»Nadie, absolutamente nadie, ha sido cómplice en este hecho que ha asombrado á España y que no tiene nada de particular.

»El sencillo y bondadoso cura que nos unió quiso á toda costa disuadirme para que no hiciera tal cosa.

»Pero ¡ni por ésas! Tenía formado mi plan y quise realizarlo.

»El señor cura me hizo infinitas reflexiones y me presentó argumentos que yo destruí.

»—¡Seréis muy desgraciadas!—me decía.

»—No lo seremos, porque nos amamos con locura.

»—¡La sociedad os dejará aisladas!

»—Para querernos preferimos el alejamiento de las gentes.

»—¡Vuestros hijos serán infelices!

»—¡Yo le juro que no los tendremos!

»—¡Las leyes caerán sobre vosotros con todo su peso!

»—Hoy está cambiada la espada de la ley por la de *Bernardo*.

»—¡Las gentes honradas escupirán vuestro rostro!

»—Nos pondremos velo.

»—Entonces ¿no tenéis vergüenza?

»—No, señor... es decir, todo nos importa un comino.

»Estas y otras cosas me dijeron, sin obtener resultado.

»Y, ¡claro!, el pobre señor tuvo que soltar el *yo os bendío, ó andad y que os zurzan*, pues para el caso es lo mismo.

»Ya estamos casadas con todas las reglas del arte; ya hemos corrido como unas locas huyendo



de nuestros perseguidores; y al fin hemos caído en sus garras; al fin nos han tratado de criminales...

» ¿Es justo esto, señor Director?

» Pero ¿es posible que estemos en el siglo xx?

» Dicen que nos van á castigar con mano dura.

» Espero el castigo como *Claudio Beltrán*, sumisa y resignada; pero no arrepentida.

» Seré un mártir del amor moderno y moriré cantando la Marsellesa y el Himno de Riego.

» Usted pensará que estoy loca... Lo estoy, sí, señor: loca *perdida*; pues para colmo de males y torturas de mi espíritu, ha llegado hasta mí una especie horrible que me ha puesto la carne de gallina.

» ¡Estoy celosa, como Otelo de Desdémona; como el orangután de la bella náufraga del cuento!

» ¡Fíese usted de mujeres!

» Por algo he tomado yo el papel de hombre en este mi primer experimento.

» ¡Se me asegura que mi *esposa* se entiende descaradamente con un abogado joven que le ha prometido sacarla á flotel

» ¿Será esto desvío ó cobardía?

» ¡De un modo ú otro, sufro horribilmente y deseo morir!...

» Pero, no. ¡Antes la venganza! ¡Esgrimiré las mismas armas de mi bella ingrata!

» No le extrañe, pues, que vuelva á la antigua rutina del mundo y me case con el primer hombre que me ofrezca su mano.

» Tengo veintiséis años y, hasta esta fecha, ninguno se me ha dirigido.

» ¿Va usted comprendiendo?

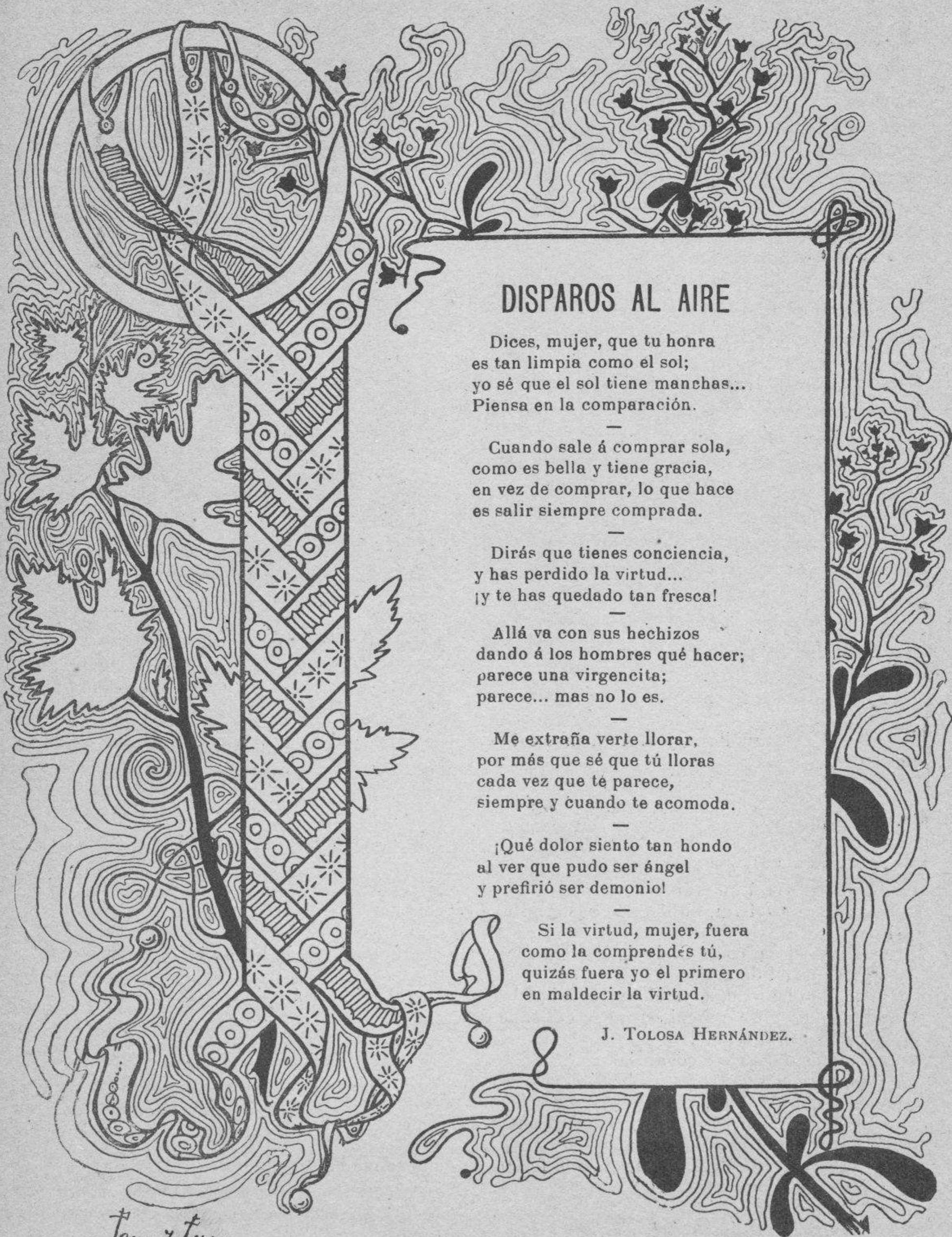
» ¿Merezco su perdón?

» ¿Hay quién resista más?

» Aquí termino. Suya hasta la muerte.—*Mario.*»

Ahora ustedes dirán, queridos lectores, si en todos los días de su vida han visto más locura, más descaró y menos vergüenza.

JOAQUÍN ARQUES.



## DISPAROS AL AIRE

Dices, mujer, que tu honra  
es tan limpia como el sol;  
yo sé que el sol tiene manchas...  
Piensa en la comparación.

—  
Cuando sale á comprar sola,  
como es bella y tiene gracia,  
en vez de comprar, lo que hace  
es salir siempre comprada.

—  
Dirás que tienes conciencia,  
y has perdido la virtud...  
¡y te has quedado tan fresca!

—  
Allá va con sus hechizos  
dando á los hombres qué hacer;  
parece una virgencita;  
parece... mas no lo es.

—  
Me extraña verte llorar,  
por más que sé que tú lloras  
cada vez que te parece,  
siempre y cuando te acomoda.

—  
¡Qué dolor siento tan hondo  
al ver que pudo ser ángel  
y prefirió ser demonio!

—  
Si la virtud, mujer, fuera  
como la comprendes tú,  
quizás fuera yo el primero  
en maldecir la virtud.

J. TOLOSA HERNÁNDEZ.

Tous y Talau

## AMOR DE ARTISTA

**H**ARICS amigos nos hallamos reunidos en el estudio de Carlos.

Este, el pintor enérgico y vigoroso de cuyos pinceles brotan torrentes de luz, de alegría y de vida, está triste.

—Vosotros,—dice,—los que consideráis á la mujer desde el punto de vista de eso que llamáis «vuestro arte moderno», sois muy diferentes de nosotros, de los que, como yo, ni saben ni quieren ocultar sus sentimientos.

Y luego, recalcando las palabras, añadió:

—Si supierais la causa de mi tristeza, de esta tristeza que decís tan ridícula, pensaríais de muy distinto modo.

—¡Eso,—dijo irónicamente Valle,—encierra un poema, del cual me comprometo á descubrir la heroína! Una mujer, ¿eh?

—Sí, Valle; una mujer, ó, mejor, una idea: el amor.

—¡Una mujer!... Tú, querido Carlos, no la conoces. La mujer es un perfume muy delicado, sí, lo reconozco, delicadísimo; pero que, por lo mismo, en seguida se evapora.

—Hay algunas excepciones. Te contaré un caso que me afecta á mí íntimamente y te lo demostraré. Atended todos.

Era una tarde de octubre, de ese mes en que la Naturaleza, fatigada, cansada de vivir pro-



Entre lo inapreciable para la mujer, figura en primera línea un fotógrafo que sepa colocar.



—Monto mas que Santiago.

duciendo, parece descansar. Había yo salido con la caja de colores, y, no encontrando ningún paisaje que me interesara, me había sentado á descansar. Todo estaba monótono, insulso.

Un vientecillo suave que se había levantado barría perezosamente las caídas hojas, que gemían con rítmico sonido al ser arrastradas.

Aquella tarde fué la primera vez que vi á Margarita. Habíase bajado del coche y paseaba por una de las numerosas calles de árboles. Allí, delante de mí, tenía la mujer que mi imaginación había creado; la mujer que dominaba en mi alma, en mi pensamiento, en todo mi ser. ¡Aquella mujer que inútilmente quisiera trasladar al lienzo, estaba allí, con sus ojos de mujer apasionada y de hembra resuelta, en los que se leía su alma fuerte y constante!

Os confieso que aquellos ojos me impresionaron vivamente Sin explicarme por qué, me hacían mucho daño.

No quiero cansaros contándoos los detalles, que para vosotros no tienen ninguna importancia. Todas las tardes

## La Saeta

iba al mismo paseo y siempre la encontraba allí. Por fin, conseguí permiso para hacerle un retrato; más tarde me recibía en su casa, y por último, al cabo de algunos meses, caía en mis brazos rendida de amor.



MLLE. LUINI (COUPLÉTISTA)

Aquella fué la época de mis primeros triunfos en el arte. Ella, sentada aquí, aquí mismo, junto al caballete, me inspiraba en los secretos de aquél, haciéndome crear las obras que injustamente ponderáis. Todo se lo debo á ella. Estaba todo el día á mi lado, complaciente, mimándome como me hubiera mimado una madre y acariciándome como la más sublime de las amantes. En ella veía la gloria, esa gloria á que tanto aspiramos y que tan difícilmente se consigue. Me animaba, cuando mi espíritu decaído buscaba en su alma consuelo á las materialidades del mundo... ¡Aquello fué un idilio, un verdadero idilio!... Pero no ha durado mucho tiempo. ¡Aquella mujer ha muerto!

Recuerdo la última vez que la vi, pálida, demacrada y casi agonizando; me decía: «—Carlos, ¿me quieres mucho?» ¡Y me miraba todavía con amor; todavía ponía en sus pupilas el último resto de vida para seguir mirándome de aquella manera, que era la única que me había hecho comprender el amor en toda su intensidad, en toda su locura!

ANTONIO ROLDÁN.

---

## CANTARES

Diez lustros eché á tu madre,  
que por poco no me araña...  
y á ti te echaría ciento.  
¡Mira qué cosa más rara!

Yo te quiero por la noche  
y también por la mañana;  
pero más te quiero, niña,  
á eso de la madrugada.

Al pecho los rayos Rœtgen  
el médico te aplicó,  
¡y descubrió un adoquín  
en lugar del corazón!

Eres mía, también suya;  
tiene celos; yo también...  
¡Lástima de pulmonía...  
que se le llevase á él!

Dos cosas buscan los hombres  
sin poderlas obtener:  
el movimiento continuo  
y una hembra que sea fiel.

Modo seguro hay de hacer,  
en breve, fortuna inmensa:  
comprarte por lo que vales,  
venderte por lo que cuestas.

DON SEBASTIÁN.

# COSAS DE VERANO por



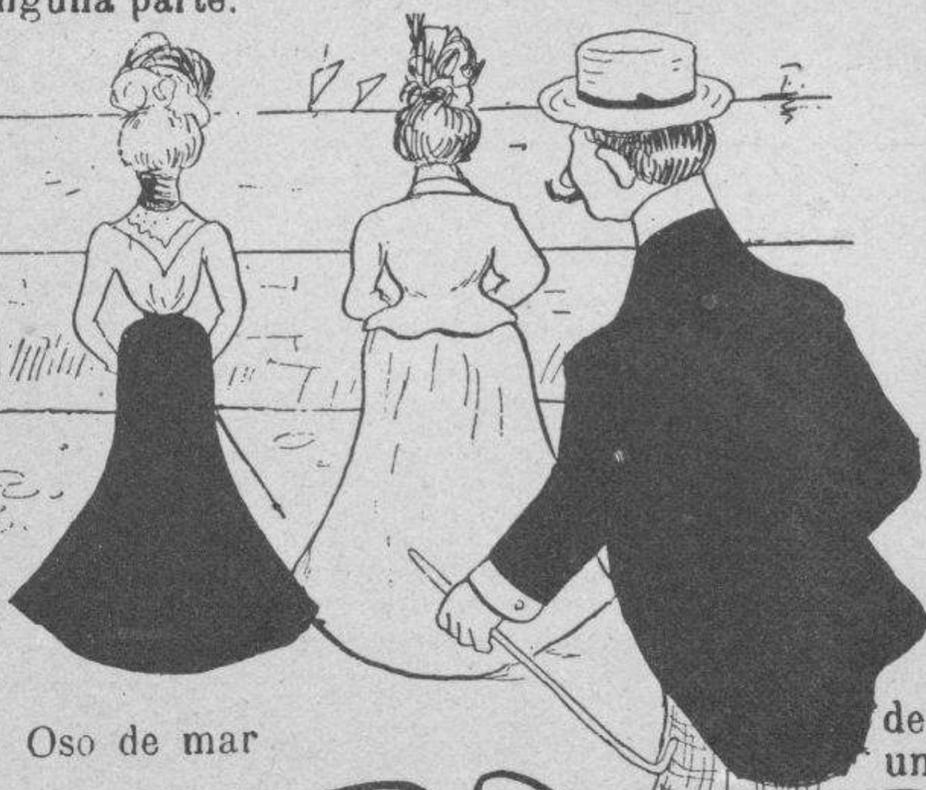
—¿No sale usted á veranear este año?  
 —No.  
 —Ya me suponía que usted no iba á ninguna parte.

EN LA PLAYA

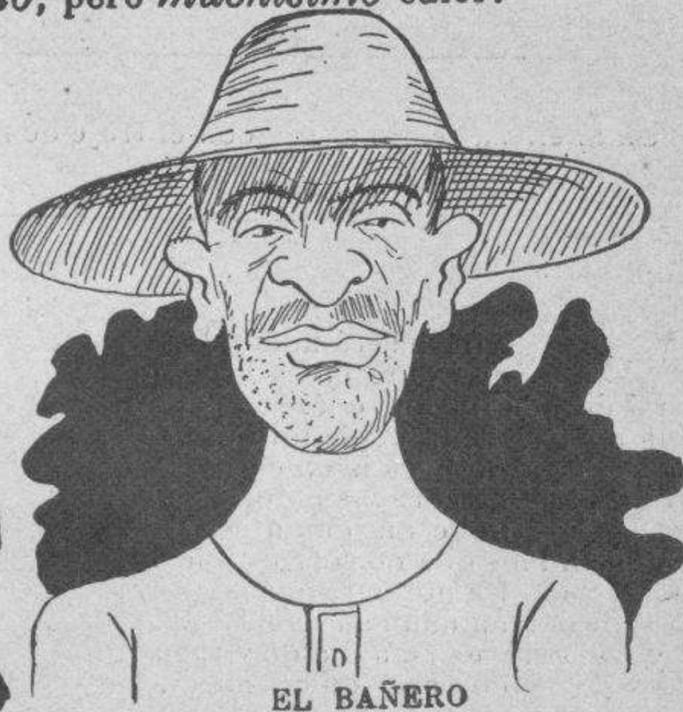
Marquez



—Oiga usted: ¿qué siente al recibirlas en sus brazos?  
 —Hombre, eso no se pregunta: *muchísimo*, pero *muchísimo* calor.



Oso de mar



EL BAÑERO

Trabajador que hace su agosto; envidia de pollos vehementes y *mantenedor* de unas cosas que ¡ya, ya!...

LA OPINION



Una belleza serrana con el traje de mañana.

¡Pobre Carolina mía!  
 ¡Nunca la podré olvidar!  
 Ved lo que el mundo decía  
 viendo el féretro pasar:  
*Un clérigo.*—Empiece el canto.  
*El doctor.*—¡Cesó el sufrir!  
*El padre.*—¡Me ahoga el llanto!  
*La madre.*—¡Quiero morir!  
*Un muchacho.*—¡Qué adornada!  
*Un joven.*—¡Era muy bella!  
*Una moza.*—¡Desgraciada!  
*Una vieja.*—¡Feliz ella!  
 ¡Duerme en paz!—dicen los buenos.  
 ¡Adiós!—dicen los demás.  
*Un filósofo* —¡Uno menos!  
*Un poeta.*—¡Un ángel más!  
 R. DE CAMPOAMOR.

EPIGRAMAS

¡Cómo nos diferenciamos  
 para casarnos! Nosotros  
 buscamos las buenas formas,  
 y ellas buscan *buenos fondos.*

A Clara llevó Gaspar  
 al teatro cierto día;  
 por el calor que allí hacía,  
 ella quiso refrescar.  
 Y un tuerto gritóle á Clara:  
 —Yo también tengo calor;  
 mas no veo al aguador  
*por un ojo de la cara.*

Si dan nombre al chocolate  
 las materias que contiene,  
 ¿qué ingredientes contendrá  
 el chocolate *trapense?*

JOSÉ M.<sup>a</sup> SOLÍS Y MONTORO.



Nunca será mía,  
 que ya se ha extinguido  
 mi dorada ilusión, cual se apaga  
 la postrera mirada de un niño.  
 Su boca hechicera,  
 de caricias nido,  
 la besan, amantes,  
 unos labios que no son los míos.  
 Palabras risueñas  
 halagan su oído,  
 y resuenan en su alma de virgen  
 con ecos dulcísimos...  
 Yo soñé con su amor. Alumbraba  
 mi oscuro camino  
 su figura ideal, que lucía  
 cual astro divino...  
 Yo luché por la gloria, pensando  
 encontrar, si caía vencido,  
 en sus brazos, descanso; en sus labios,  
 los besos dulcísimos  
 que alentasen mi alma á la lucha  
 y la hicieran tomar nuevos bríos...  
 Ahora siento nostalgia de amores  
 y recuerdos de inmenso cariño;  
 ahora creo que estoy á su lado

hablando á su oído;  
 rozando mis labios  
 con los suyos de diosa purísimos...  
 Todavía parece que escucho  
 aquellos suspiros  
 que exhalaba su pecho y que, amantes,  
 embriagaban de amor mis sentidos...  
 Aun en mis ensueños  
 sus cabellos de ondina acaricio;  
 aun me creo, á veces,  
 que en su seno mi frente reclino,  
 y que enlazan sus brazos mi cuello,  
 y que besan su rostro divino  
 mis labios ardientes  
 de insaciable pasión poseídos.  
 Mas se desvanece  
 la ilusión que el deseo ha fingido,  
 y en mi alma renace  
 la amargura cruel del martirio.  
 ¡Cuánto habré penado!  
 ¡Cuánto habré sufrido  
 al pensar que la besan, amantes,  
 unos labios que no son los míos...  
 SANTIAGO A. NARRO.

# LOS AMANTES DE ROSALÍA

ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS SEÑORITA ALBERT Y SEÑORES BALUMAR Y LARROSA

## I

**S**UCEDIÓ como voy á referíroslo, sin agregar nada de mi cosecha y sin alambicamientos de estilo que pudieran hacer perder á mi narración fluidez y frescura.

Un cazurro, todo un cazurro: eso era Joaquín, si hemos de dar crédito á lo que decían sus paisanos. Mocetón guapote, precioso ejemplar de la especie humana, daba gozo mirarle; pero jamás dijo «esta boca es mía» ni se metió con nadie ni á nadie molestó.

Por ser tan poco hablador, no podía explicarse nadie cómo Rosalía, la niña más guapa del pueblo, habíase enamorado locamente de Joaquín. ¿Qué podía decirle aquel armatoste? ¿Cómo se hacía querer? ¡Si nadie le había oído hablar cuatro palabras una detrás de otra!

Los mozos, envidiosos de la suerte del feliz muchachote, reconocían (porque no podían pasar por otro punto) que Joaquín era guapo; pero aquel genio hurraño y aquel no hablar nunca...

—¡Vamos, que Rosalía se merecía mucho más! Otro chico, guapo también, que tuviera más labia y supiese hacer palpar el corazón de la niña más anhelosamente; un hombre más cabal, más entendido, más... ¡Vaya, un hombre como yo!

Esto lo decía cierta tarde Manuel, un flamenco de los que escupen por el colmillo, se comen los niños crudos y se pasan la vida diciendo cosas con la mar de gracia. Y aquella misma tarde juró que le soplaría la novia á Joaquín. Se le había metido entre ceja y ceja hacer una obra de caridad por Rosalía, evitando que mirase más á aquel cazurro, y con toda seguridad se sal-

dría con la suya. ¡Pues no se había de salir!...

Por quinta vez se llenaron los vasos de manzanilla, y entonces Manuel, tosiendo fuerte y levantándose, en la actitud del que va á brindar, dijo:

—¡Que no vuelva yo á beber más, si de aquí á dos días, contados desde ahora, no está Joaquín corrió como una mona y la niña loca por mí!

Y, tras de apurar el delicioso líquido, Manuel se colocó bien la capa y, pagando el gasto,



salió de la taberna contoneándose, resuelto á dar el golpe.

Siguiéronle sus compañeros, que sentían por

## La Saeta

él esa admiración que por el que paga sienten los gorriones, y todos juntos dirigiéronse á la calle en que vivía la novia de Joaquín.

Rosalía, la incitante Rosalía, estaba asomada á la reja, y Manuel se dirigió á ella, echándose el sombrero hacia la cara y procurando adoptar la más graciosa de sus posturas.

—¡Buenas tardes, prenda!—dijo.

Ella, sin mirarle apenas, le contestó con un «buenas, Manuel», frío como la nieve.

No se desconcertó el chulo por tan poca cosa, y, tras de dar una chupada al cigarrillo, mientras miraba con insolente descaro á la joven, agregó:

—Hace ya días que me cosquillea una cosa aquí, en el pecho, y como al pasar vi esa carita de ángel, me dije: «Ya tú ves, Manuel, que ocasión como ésta no la encontrarás. Conque... ¡atrévete!»

—Y ¿se puede saber qué es lo que te hace cosquillas? —preguntó la muchacha guasonamente.

—Pues mira: que tú eres una mujer... porque sí, y que te mereces mucho más de lo que tienes.

—Pero, hijo mío, ¡si yo no me quejo de tener poco! ¡En teniendo salud me basta!

—Es que una mujer como tú se merece otro hombre; un hombre que, cuando llegue la hora, sepa pasearte y lucirte con orgullo...

—¡Pues ni que fuera un mueble!... ¡Ya tengo yo á mi Joaquín, que vale más de lo que se puede desear!

Manuel soltó una carcajada fingida á todas luces.

—¡Vamos, que tiene gracia! —dijo —Y ¿serás tan tonta que estés enamorada de él?

—Hasta la pared de enfrente; hasta más allá, Manuel. ¡Le quiero con toda mi alma!

—¡Es una lástima muy grandel! ¡Pobrecillo!

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque te quiero á ti con todas las fatigas del mundo, y porque para mí es muy poca cosa Joaquín!

Manuel era repulsivo para Rosalía por lo fanfarrón; así es que, no queriendo oír más necedades, cerró la ventana, diciéndole:

—¡Vaya, que te alivies!

Manuel quedó estupefacto, sin saber qué par-

tido tomar. Después, repuesto de la sorpresa, se encaminó despacio al encuentro de sus compañeros, que le esperaban en la taberna inmediata, y á las preguntas de éstos contestó:

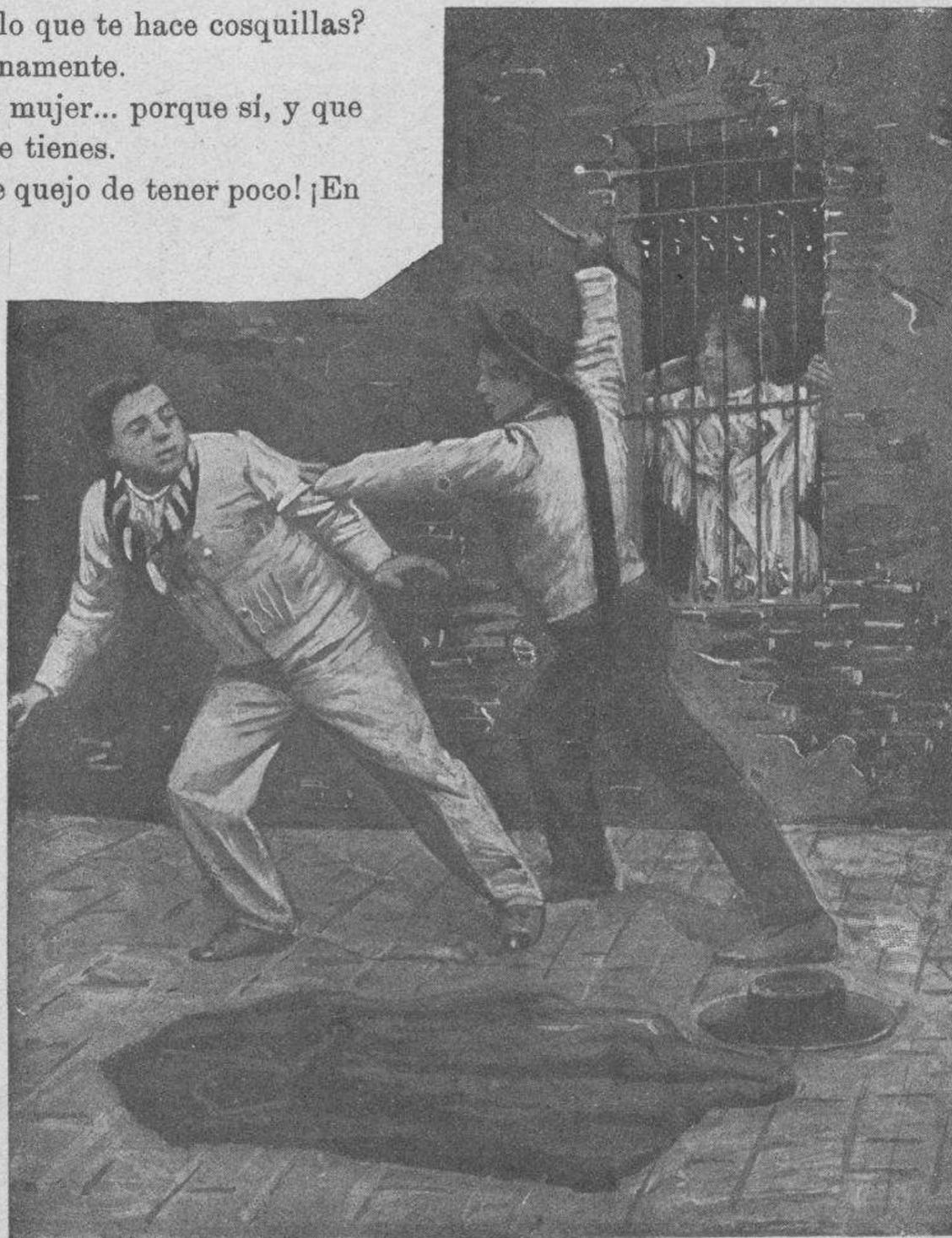
—¡Qué queréis! ¡Lo que yo decía! La muchacha, que en cuanto se lo he dicho, se ha puesto muy encarná y se ha retirao temblando de alegría.

Y mientras apuraba una copa, agregó:

—Vamos, ¡que va á tener qué ver lo que ocurra esta noche entre Joaquín y yo! ¡Pobrecillo! ¡Me da una lástima tenerle que pegar!...

## II

Fué aquélla la mejor noche de abril. El ambiente tibio; los mágicos perfumes de los tempranos jazmines metíanse en el cuerpo, preparándolo para las apasionadas y ardientes



sensaciones de amor; la suave luz de la luna caía sobre la tierra majestuosamente, como plateada lluvia, iluminando el sereno reposo de la Naturaleza; noche desesperante para el poeta que pretende trasladarla al papel, con todos

sus aromas y sus delicias todas; noche de ardiente entusiasmo para el enamorado Joaquín, que, al pie de la reja, olvidado de los afanes del día, contemplaba á su amada con místico arrobamiento, acariciándola con los ojos primero, cogiéndola las manos después y atrayéndola, poco á poco, hasta que sus caras estuvieron muy cerca, y á los misteriosos ruidos de la noche agregaron los apasionados amantes ese vibrante chasquido que se llama beso.

La silueta de Manuel dibujóse en el fondo de la calle.

—Quedaos aquí,—dijo á los que le acompañaban,—y que nadie se mueva, ocurra lo que ocurra.

Y avanzó hacia Joaquín, resuelto á hacerle abandonar aquellos lugares.

Pronto estuvo al lado de él, y le anunció que tenía que hablarle cuatro palabras, «naa más que cuatro palabras».

Joaquín se separó de la reja; Rosalía quedó en expectación.

Manuel quiso persuadir al afortunado amante de que debía dejarle bonitamente el puesto, por buenas, porque si no... ¡sería una lástima!

Joaquín permaneció firme; vamos, que no se iba. ¿Por qué se había de ir? El mejor partido que podía tomar Manuel era el de no molestarle, porque él, Joaquín, con nadie se metía ni estorbaba á nadie.

Todo esto lo dijo el muchacho torpemente, casi atragantándose.

El flamenco tomó el tartamudeo de Joaquín por cobardía manifiesta, y, queriendo dar un golpe definitivo, sacó pausadamente un puñal, mientras decía:

—Dime, niño: ¿dónde quieres que te entierren? ¡Será una lástima muy grande; pero ya que te empeñas...!

Joaquín no contestó; pero descargó sobre el flamenco tal lluvia de golpes y tanta prisa se dió á vapulear, que Manuel optó por echar á correr precipitadamente, abandonando en su huida capa, sombrero y puñal.

Al pasar por la esquina como alma que lleva el diablo, detuviéronle los compañeros.

—¿Dónde vas, hombre?

Se detuvo, volviendo la cabeza para cerciorarse de si Joaquín le seguía, y, viendo que no, dijo:

—¿Adónde queréis que vaya? ¡A la iglesia á buscar los últimos, que no quiero que el pobrecillo Joaquín se vaya al otro barrio sin sacramentos!

Un alma caritativa le llevó la capa y el sombrero, por los que no se hubiera atrevido á volver, y Manuel, tras de limpiarse la sangre que por las narices le manaba, decidió irse á acostar en vez de buscar al cura.

Ya en la cama, aun creía ver á Joaquín aparecer por la puerta de la habitación, decidido á continuar la tocatá, y creyendo que la oscuridad le traería el reposo necesario, gritó:

—¡Apague usted la luz, madre, que no puedo dormir de flamenco!

Entretanto, Joaquín y Rosalía continuaban agregando vibrantes chasquidos á los misteriosos rumores de la noche.



Con ese cristal de amianto  
y ese mirar atrevido,

no le mira á usted la cara;  
le está observando el bolsillo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



—Si no viene pronto Carlos, tendré que buscar á Luis. La cuestión es tener uno á quien darle qué sentir.

**Correspondencia**

I. N.—*Cangas*.—¿Conque en el verano amanece más temprano? ¡Hombre! ¿Qué me cuenta usted? Dice un refrán que al que madruga Dios le ayuda; pero á usted... ¡ni agual! Le aconsejo que, puesto que estamos en el verano, se refresque un poco la *molondra*. ¡Una buena ducha!

A. L.—*Lérida*.—Es muy largo el artículo... y muy inocente.

UNA DE LAS CAUSAS dirimentes del matrimonio es el mal olor de la boca. Desaparece con el *Licor del Polo* tan adversa contrariedad. 6 reales frasco, para dos meses.

J. V. S.—*Valencia*.—Lo siento en el alma; pero aun no está usted en disposición de lanzarse al público. Si es

usted joven, siga aprendiendo; y si ya ha pasado á *mayores*... dese usted un tiro antes que dedicarse á la literatura *espontánea!*

V. B.—*Madrid*.—Me han gustado sus versos; pero son tremendamente largos. Mande usted algo más cortito y lo publicaremos.

NO ES MÉRITO COMPETIR géneros de pacotilla sino abaratar los superiores como el Agua de Colonia de Orive. Frascos desde 3 rs. litro hasta 4 ptas. Perfumerías.

E. de A.—*Toledo*.—Recibida su «Rápida», y se publicará.

S. S. M.—Veremos si pueden arreglarse los versos. Están bastante descuidados.

J. B. S.—No se pueden publicar sus versos, porque les falta el visto bueno del comandante militar.

J. D. A.—*Valencia*.—No está mal del todo. Siga usted escribiendo y ya veremos.

M. P. N.—*Madrid*.

Cuando quiera usted escribir, procure hacer mejor letra; pues sólo leyendo un verso me he pasado su hora y media.

EXÍJASE el Bálamo antirreumático de Orive con la inscripción *Farmacia de Orive*, en Bilbao, vidrio y cápsula, y de color verdoso. 2 pesetas frasco, farmacias.

R. T.—*Málaga*.—Ya se conoce que es usted andaluz... pero no tanto ya, que me encandila.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

**LA SAETA**

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
 Año. . . . . 11 »  
 Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »  
 Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Jeroglífico comprimido

**GAMOSRE**

JUAN TALLADA.

Cruz latina

```

* *
* *
* *
* * * * * * *
* * * * * * *
* *
* *
* *
    
```

Substituir las estrellitas por letras, de modo que leídas horizontal y verticalmente, se lea: 1.<sup>a</sup> línea, nombre de varón; 2.<sup>a</sup>, nombre de mujer.

JOSÉ VALLÉS.

Logogrifo numérico

1	2	3	4	5	6	7	8	9	o	Pueblo de Asturias.
3	3	o	9	8	6	3	3	o		Idem.
4	7	8	3	3	6	7	2			Idem.
3	3	o	9	6	7	o				Idem.
3	8	9	6	7	o					Idem.
4	7	8	3	2						Idem.
4	5	8	o							Idem.
4	5	o								Idem.
2	3									Idem.
1										Consonante.
5										Vocal.
1	o									Nota musical.
9	8	2								Pueblo de Asturias.
3	2	7	2							Idem.
3	8	9	o	7						Idem.
7	6	3	3	o	9					Idem.
o	7	4	5	6	7	2				Idem.
o	7	o	9	4	5	8	9			Idem.
4	o	3	3	8	9	6	7	2		Idem.
1	6	3	4	5	6	7	8	9	o	Idem.

MANDINGA.

Tarjeta

**E. Tomás Lauder**

**NESTLE**

Formar con estas letras el título de un renombrado drama castellano.

J. V. CHANIDOC.

Cuadrado

```

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *
    
```

Substitúyanse las estrellas por letras, de modo que leído horizontal y verticalmente, resulte: 1.<sup>o</sup>, nombre de mujer; 2.<sup>o</sup>, fenómeno lumínico; 3.<sup>o</sup>, flor; y 4.<sup>o</sup>, verbo.

PEDRO JUAN GUILLEM.

Soluciones á lo insertado en el n.º 555

CHARADA.—Pi.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Inútiles. II, Por bajo de tierra.

COMBINACIÓN:

```

      B A R C O
      C E S A R
    M A R T E
  C A R L O S
F E R M I N
J U L I A N
    
```

CRUZ LATINA:

```

      M V
      E A
      R L
M E R C E D E S
V A L E N T I N
      D T
      E I
      S N
    
```



—Mi tiniente, er cabayo no se deja limpiá  
 —¿Con qué lo estás limpiando?  
 —Con *bensina* y *porbos* pa er dorao.



De E. Pastor, para anuncio de corridas de toros  
(núm. 336 del catálogo)

# La Saeta



# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

## COCINA CÓMICA

### Plato belicoso

Es un sencillo potaje de judías y garbanzos, arroz, lentejas, guisantes, coles, patatas y nabos. Después que te comas esto, de fijo no habrá un soldado que en *aire* marcial te iguale, y menos á hacer *disparos*.

J. A.

En una Agencia:

—¿Necesita usted un empleo?

—Sí, señor: quisiera entrar en una casa de comercio.

—¿Sería usted capaz de encargarse de la Caja?

—¡Ya lo creo! ¡Si he sido tambor!

El duelo.

Uno de los testigos dice á su apadrinado:

—Ya está todo corriente. Os batiréis á pistola, á veinte pasos.

—A esa distancia hubiera preferido la espada.

Don Tiburcio, que acaba de morir, ha dispuesto en su última voluntad que se proceda á la cremación de su cadáver.

Un sujeto disputa con la viuda los detalles de la ceremonia, y le pregunta:

—¿Horno francés ú horno italiano?

—¡Horno francés!... ¡Horno francés!... ¡Mi pobre marido no podía sufrir la cocina italiana!

—Pueden ustedes creerme,—decía el bohemio X á sus amigos.—He trabajado lo increíble para que mi casero acepte unas pocas pesetas...

—¡Hombre! ¿Es posible? ¡Ese es un casero ideal! ¿Conque tanto trabajo cuesta hacerle tomar unas pocas pesetas?

—Sí... porque mi hombre quería ¡muchas!...

En la estación del ferrocarril:

Un señor grueso, muy grueso, llega todo sofocado, con la lengua fuera, y con gran trabajo se enfarda en un vagón, casi lleno de viajeros.

Después de tomar asiento, se vuelve con aire radiante á su vecino, y le dice:

—¡Dos segundos más tarde, y pierdo el tren!

El vecino, con su mejor sonrisa, le replica:

—¡Qué lástima no hubiera caído esa ganga!

## Charada

Fuí con *primera* al teatro, y allí me encontré á la *dos* que hablaba con un sujeto muy *todo* y calaverón.

X.



Crema del modernismo

(Sigue en la penúltima página)